El fin de las razas felices

Dionisio Cañas

Poesía Hiperión. 1987. 60 páginas

La nueva poesía está rompiendo una y otra vez sobre no se sabe qué acantilados o qué retóricas. Se suceden así las olas y las contraolas sin que el relevo tenga consistencia. Avanzando por las alas —en este caso Cernuda a un lado y a otro García Lorca—, Dionisio Cañas, joven poeta y ensayista español que es, actualmente, profesor de Literatura Hispánica en el Baruch College de la City University of New York, suelta sobre el espacio de la lírica última el fuego del apocalipsis. Apoyado en una cita de Leopoldo S. Senghor decreta desde su isla de Patmos —isla de Manhattan— particular, el «fin de las razas felices».

Dionisio Cañas

¿Una denuncia, un desahucio, un exorcismo? Todo eso junto y algo más porque el lírico, entregado no tanto a la «ratio» del ensayista, como a las alegorizaciones del poeta, oye las voces del ángel para quien Nueva York es la morada de todos los demonios, la guarida de lo inmundo, el albergue de aves abominables, en un trasunto de Sodoma sobre el Hudson. En seguida nos acordamos de Lorca y de su «Poeta en Nueva York». Y desde luego comparecen en el libro de Dionisio Cañas, muchos registros ambientales recogidos por el poeta granadino y hasta los ritmos ecoicos de poemas como «Oficina y denuncia» y tantos otros.

Por lo demás —es decir, en el orden del contenido y en el orden de la retórica—, hay menos paralelos de los previsibles. Frente al optimismo kipliniano, responde con una visión ciega; frente a la libertad de corte waltwitmaninco, lastra su voz con los malos recuerdos, con su complejo de Edipo; frente al grito por la mecanización del hombre de Federico, Dionisio Cañas va más allá. Más allá de la razas felices, con el temor de Kierkegaard dentro, en una especie de liquidación por derribo. «Detrás de cada poema amenaza una tachadura —afirma—, un silencio amenaza detrás de cada poeta —un largo olvido detrás de cada amor—, detrás de cada día una luna preñada de temores.»

En modo alguno es ésta la única lectura de «El fin de las razas felices». Libro que, no obstante su brevedad, introduce el fantasma personal de Dionisio Cañas en las dos partes del primer apartado —«Ofrenda» y «Pelea», concretamente— sin que por ello se avente del resto. El comienzo del libro es posiblemente lo más feliz de todo él, con alejandrinos de buena cadencia y de una expresividad secuencial de marco cuasi bíblico: «Asustadiza herramienta de un dios cruel —bestia perdida en lo oscuro del bosque— caminas criatura final de una raza feliz...» Se trata del poeta, abandonado en noche de Manhattan, viviendo heideggerianamente para la muerte.

En ese nivel, el poemario logra, en mi opinión, su real consistencia, al convertir al poeta en «chivo emisario» del enigma del vivir, huido como un desterrado, buscando una patria en el lenguaje, con la imagen del padre obsesivamente fija en su mente. «Ofrenda» se inicia con cierto descuido, con reiteraciones (no lo agoto, no refresca, no es blanco, no cesan, etcétera) que pudieron evitarse. Ya en el fragmento «La arboleda es un habla de lo verde...» y, a pesar de que el prosaísmo asoma la oreja, el poema se levanta a mayor altura. Y, por qué no decirlo, a una intimidad que sin llegar a lo subjetivo identifica al poeta. Por su parte, «Pelea» dramatiza con abusivo culturalismo un cambate ambiguo que surge de la contemplación del cuadro de George Bellows y de la pintura de Martin J. Heade.

Alguien podrá juzgar excesivamente aparatoso el marco, con unas asociaciones en un punto detonantes. «Tú y yo, paralizados en esta página —y como fondo unos años pasados juntos— con la idea de que el amor no sería nunca», son versos, por los que vemos, reducidos a un problema intimista lo que en Lorca ascencencia tenía una trascendencia antropológica y social. Es también el espacio poético donde el prosaísmo aparece más claramente. De «Apocalipsis» ya adelantamos su radical complejidad resuelta entre intuiciones y lastres, pero en la que el poeta aventura su mensaje cifrado. Ni que decir tiene que es un mensaje «literario» en el que fascina su tradicional profética y no tanto sus gesticulaciones expresivas y la utilización recurrente de motivos bíblicos.

Mas algo hay en «El fin de las razas felices» que nos obliga a fijar en nuestra memoria. Dionisio Cañas, que nació en Tomelloso (Ciudad Real, 1949), refuta en su vida y en su obra el continuismo del llamado «lugarón manchego» —también se le llaman la Atenas de La Mancha, para compensar acaso— en busca de un «elan» logrado por contraste. El propio trasplante de Europa a América, de los ocho años en Francia a los catorce en Nueva York, le confiere una distancia privilegiada. Y tanto por su rigor de observador del mundo americano, como por la tradición de la lírica en castellano, desde Rubén Darío a García Lorca, la visión que nos ofrezca merece una atenta recepción.

Creo que «El fin de las razas felices» es un libro importante, bien concebido, pero con una redacción descuidada. El autor de «Poesía y percepción» (Francisco Brines, Claudio Rodríguez y José Angel Valente), y de una extraordinaria introducción a la obra de José Hierro, bien hará en someter su punzante lenguaje a una equilibrada poda, a un peinado que reduzca lo coruscante de sus imágenes y aquiete el ritmo de sus emulsiones vitales.

Florencio MARTINEZ RUIZ